

3. CONSECUENCIAS

3.6

El mensaje de los insurrectos

Alberto Arvelo Ramos

Está en la esencia de las revoluciones: que ellas les parecen a los contemporáneos una serie de eventos no relacionados entre sí
(H. Kissinger)

Las consecuencias del intento del golpe del 4 de febrero resultan paradójicas. Un golpe de Estado es, por definición, la destitución, por medio de la violencia ilegítima, de esa violencia legítima e institucionalizada que llamamos Estado. Es evidente que los golpistas fracasaron por completo en ese intento.

También, por definición, los autores de golpes de estado no buscan persuadir, ni abrir un debate, ni crear conciencia con sus argumentos. Pero esto fue justamente lo que lograron. En términos de comunicación y de apertura de una discusión, el golpe triunfó por completo. Este hecho, de por sí extraño, adquiere dimensiones sorprendentes, si se tiene en cuenta que los autores de la asonada no divulgaron ningún manifiesto programático, y que su pensamiento permaneció —y ha permanecido— durante largos días oculto a la sociedad venezolana.

¿UN PUEBLO "FASCISTA"?

Para explicar esto se han desarrollado dos interpretaciones contrapuestas. La primera afirma que la insurrección ha sacudido fibras atávicas de nuestra conciencia colectiva, cultos primitivos a

la violencia, retrocesos sociales que, para decirlo con la fealdad tradicional del argot político, "nos retrotraen a etapas ya superadas de nuestra historia". Quienes sustentan esta tesis afirman que los golpistas carecían de toda justificación, que no fuese la violencia irracional. Porque no sólo no dieron razones de sus actos, sino que mostraron que eran enemigos de darlas. Tuvieron en su poder centenares de estaciones de radio, y la red nacional de televisión. No las utilizaron porque no les importaba convencer a nadie. Siguiendo por ese camino, los insurrectos han sido definidos como fascistas y/o estalinistas.

Pero la retórica y la propaganda desplegadas en la defensa de esa tesis —que

ha sido durante años la posición oficial de nuestra democracia frente a las amenazas golpistas— se ve turbada por una nueva realidad política: los autores de la insurrección gozan de una sólida popularidad, cuya extensión ha resultado sorprendente, no sólo para los periodistas extranjeros que vinieron a cubrir los eventos, sino para los que nos creímos familiarizados con las opiniones nacionales. Si el hecho de que los insurrectos no hicieron pública ninguna proclama fue percibida por la población como una prueba de que se trataba de un golpe totalitario, la popularidad que han alcanzado revelaría la presencia de grandes masas —acaso mayorías— de partidarios del fascismo y el estalinismo entre nosotros.

Esto significaría no sólo el fracaso de nuestra dirección política actual (cosa que todos sabemos), sino la quiebra definitiva de nuestro proyecto nacional. ¿No fue acaso un argumento análogo el que nos convenció de que el comunismo se había desintegrado en la Unión Soviética?. No fue más importante que todos los textos políticos el hecho de que los habitantes de Leningrado, por aplastante mayoría, rechazaran el nombre del fundador del Estado bolchevique, y volvieran a exaltar la figura del Zar, regresando al nombre de San Petersburgo?



La otra explicación se levanta sobre el abandono del maniqueísmo primitivo que afirma que quien no está con esta democracia corrompida es esencialmente antidemocrático. Algunos analistas políticos, y algunos órganos de opinión —SIC entre ellos— habían estado denunciando ese maniqueísmo durante varios años, e invocando la necesidad de romper la partidocracia si queríamos salvar el Estado de derecho y comprometer a la sociedad civil en el ejercicio directo de soberanía política. Pero el mensaje no penetraba en las conciencias nacionales. Era mirado como algo irreal, como cuestión de intelectuales, o como utopías que requerían decenios para que pudiesen convertirse en marejadas de acción política.

Esa barrera de incomunicación se rompió en la madrugada del 4 de febrero. Y se rompió justamente porque no hubo manifiestos, porque hubo tan sólo silencio, porque el movimiento insurreccional se mantuvo en una total indefinición teórica. Esto provocó una sacudida sin antecedentes contemporáneos en la comunicación interna de la sociedad venezolana. Una en la cual cada ciudadano —que, a fuerza de escuchar mentiras, se había vuelto cínico y desesperanzado frente a lo político— se puso de nuevo en contacto con sus propias y olvidadas raíces, con sus propios y olvidados proyectos y esperanzas. A solas cada quien, con su impotencia, con su furia, con su audacia, realizó un acto de conciencia y una redefinición de sus perspectivas personales y sociales. A solas, sin la mediación estupidizante de las burocracias partidistas, la totalidad de los venezolanos —empleados, burgueses, amas de casa, periodistas, sacerdotes, obreros, artistas, campesinos, desempleados— se enfrentó a su propio proyecto político y social. En esa madrugada cada quien realizó un plebiscito. Cada venezolano sintió que la política podía ponerse de nuevo en manos de la gente, que había vuelto a ser algo cotidiano y posible, después de tener decenios prisionera de unas roscas inaccesibles.

Algunas preguntas, repetidas durante largas horas de vigilia y suspenso, habían transformado por completo la conciencia de los venezolanos: ¿Qué es lo que deseo realmente? ¿Quiero la democracia? ¿Qué tipo de dictadura estoy dispuesto a accep-

tar? ¿Qué tipo de participación quiero tener en estos hechos, que me sacuden profundamente, y sobre los cuales había perdido la costumbre de actuar? Las direcciones de los partidos políticos cometieron el grave error de suponer que, como las masas no se habían movilizado durante la mañana, seguían siendo las mismas. Que era posible maniobrar a sus espaldas impunemente. Que seguíamos siendo el país sumiso —o, para decirlo con Uslar, rependejo— al cual estaban acostumbrados. Por ello no se percataron inicialmente (creo que no se han percatado todavía) de que la componenda que pactaron para evitar la discusión sobre las razones del golpe, se convirtió en una derrota sin antecedentes para su sistema partidista: cuando AD, COPEI y el MAS hablaron a nombre de las mayorías nacionales, el país real, que había readquirido conciencia de sus posibilidades políticas, se dio cuenta de que ellos ya no nos representan.

EL OCASO DEL LENINISMO PARTIDISTA

No se trata de un alejamiento pasajero, sino la consecuencia final de un movimiento histórico mundial, que está barriendo por todas partes como incompatibles con una sociedad constituida por hombres libres, a las burocracias de origen leninista. Sobre esto, y de manera preliminar, hay que hacer dos consideraciones.

Desde el punto de vista organizativo, AD es un clásico partido leninista. El rasgo característico de ese tipo de organismo político es la existencia de un grupo de profesionales (los militantes), que se separan de la sociedad civil, y se dedican exclusivamente a las labores partidistas. Estos militantes, organizados en rigurosos niveles jerárquicos, y dirigidos por un centro o cogollo nacional, tienen como tarea expresa infiltrarse por todos los organismos y estamentos de la sociedad, creando de hecho un Estado paralelo. En el libro en el cual Lenin formula la doctrina de este tipo de partido, *Qué Hacer* (escrito en 1900), lo define expresamente como un Estado paralelo. Ese es, en lo fundamental, el modelo que rige también a COPEI y el MAS. Todo tipo de elecciones, incluso las gremiales y sindicales, se ven mediatizadas por las decisiones de los cogollos centrales. El Poder Legislativo, y desde él, el Poder Judicial, están exclu-

3. CONSECUENCIAS

sivamente constituidos por las personas designadas por las direcciones partidistas.

La única diferencia entre esto y lo que había en la Unión Soviética antes de la demolición de su burocracia tradicional, es que aquí hay tres partidos, y allá era uno solo. Pero la mediatización de la vida política es exactamente igual, y los "aparatos" de partido son tan insensibles, y están tan alejados de las gentes hoy entre nosotros, como lo eran en la Unión Soviética hace 8 años. Con la diferencia de que, con toda seguridad, los militantes vernáculos son mucho más corruptos.

Estando las cosas así, parece increíble que los dirigentes de nuestros partidos no se hayan dado cuenta de que los tiempos del leninismo están contados, no sólo en su forma monopartidista. También lo están para esta forma pluralista, la dictadura de los convenios y acuerdos "por arriba", con los cuales se rige —POR AHO-RA— a Venezuela. Por no ser deliberantes, los militares de la insurrección del 4 de febrero, lamentablemente, tuvieron que recurrir a formas de acción política tipificadas como delitos, por los cuales el juez deberá condenarlos. Pero sus actos provocaron una tremenda toma de conciencia, que está beneficiando —¡otra paradoja!— nuestra vida democrática y deliberativa. Gracias a la sacudida que le dieron a la adormecida conciencia política del pueblo, ese acto ilegal se ha convertido en el detonador para que las mejores fuerzas civiles del país —con Caldera, Uslar y Escovar Salom a la cabeza— inicien una campaña sin antecedentes contra la irresistible podredumbre de nuestras instituciones.

Esa corrupción desmesurada e impune es un insulto, una cachetada sobre la cara de todos los venezolanos dignos. También lo fue sobre la de los oficiales insurrectos. Por ello considero de justicia, y plenamente enmarcado dentro de nuestro ordinamiento legal, el que los demócratas del país iniciemos la defensa de estos insurrectos, invocando como atenuante o exonerante, la catástrofe moral que estamos sufriendo, y de la cual sólo es posible salir con una radical y democrática reestructuración de nuestro régimen constitucional.